

SEMBLANZA DE ANTONIO LÓPEZ EIRE

ANTONIO LILLO
Universidad de Murcia

Comienzo esta semblanza embargado por la emoción que me produce el inesperado fallecimiento del profesor López Eire y la gran estima y admiración como alumno, discípulo y amigo que le profesaba. Desde que le conocí ha estado vinculado a muchas situaciones que se han producido en mi vida, por lo que dudo que estas palabras que le dedico puedan reflejar en su totalidad esos sentimientos que le profesaba y que tienen su origen en los comienzos de mi vida universitaria. Por ello estoy convencido de que la mayor enseñanza de la vida universitaria es que toda ella es un continuo proceso de conocimiento de personas y saberes; aprender a reconocer en cada ocasión modelos de actuación, nuevas ideas y nuevas personas que de manera constante nos enriquecen en nuestro trabajo, pero también en nuestra vida. Por esa razón la profesión docente es maravillosa, porque nos permite que estemos constantemente aprendiendo, bien por medio de la lectura y el intercambio de ideas, bien gracias a la relación y conversación con los que han sido nuestros profesores y con nuestros compañeros, y ya en el ejercicio propio de la docencia, también con los alumnos. Pero en ocasiones nos encontramos también con personas con una extraordinaria habilidad en una determinada área del saber y una gran capacidad para transmitir y compartir sus conocimientos y entusiasmo: son los maestros. Ellos nos van a permitir conocer nuevos puntos de vista y nuevas actitudes. Todas esas vivencias de tipo intelectual y personal que experimentamos junto a ellos generan un cúmulo de situaciones y anécdotas que van a constituir un bagaje de por vida asociado a esas personas, los maestros, que de manera principal nos han abierto las puertas de sus conocimientos en las clases, en seminarios y en reuniones.

El que a ustedes les habla conoció al profesor López Eire cuando era estudiante de segundo de carrera, antiguos comunes, en una universidad distinta a la que él enseñaba, por un trabajo que me recomendaron que leyera: *Tres cuestiones de dialectología griega*. Era el año 1970. Quedé sorprendido por su claridad expositiva, a pesar de tratarse de un trabajo de lingüística pura y dura. En 1972 trasladé mi expediente a la Universidad Autónoma de Barcelona y con gran sorpresa y alegría allí lo encontré como profesor. Acababa de obtener plaza de Catedrático en esa Universidad a los 29 años de edad tras una brillante oposición. El primer día de clase con gran naturalidad y sencillez nos dio la mano a todos y

se presentó (éramos, obviamente, pocos). Nos expuso el plan de trabajo para ese curso, Tucídides. Nos embelesó desentrañando las oscuridades de ese texto, sus procedimientos de lengua, su estilo, su concepción de la historia... un sinfín de aspectos y cuestiones; todo ello con la misma agudeza y destreza en sus razonamientos, a la vez que con su gran claridad expositiva que había visto en ese primer trabajo suyo que leí. También nos explicó en los años de Licenciatura otros autores, Indoeuropeo, Literatura, siempre con la misma claridad, profundidad y agudeza de planteamientos. En alguna ocasión tiempo después le oí una frase que decía su maestro, el profesor Ruipérez, “la claridad es la cortesía del filólogo”, recordando la frase de Ortega. Sin duda esa era una de sus divisas. Y a esas facetas de su quehacer profesional había que añadir su accesibilidad y sencillez en el trato y su disponibilidad para ayudar.

La Universidad estaba alejada de núcleos urbanos, de manera que en ocasiones coincidía que pasaba con su coche mientras algunos esperábamos el autobús; detenía su automóvil y nos llevaba hasta donde nos convenía, dentro de su trayecto. En una de estas ocasiones recuerdo que al bajar del coche coincidió con que llegaba su esposa, Maíta, y nos la presentó. Con posterioridad volvimos a coincidir otras veces los alumnos con el matrimonio López Eire, recuerdo que en congresos locales y una vez en una excursión dominical a una playa de Gerona, organizada por el grupo de alumnos que procedían de ahí. En esas ocasiones podíamos constatar la naturalidad en su trato y manera de ser, dentro y fuera de clase, en el *otium* y en el *negotium*. Pero es que también pudimos comprobar, a pesar de que éramos todavía alumnos y primaba, como es lógico, una cierta distancia en el trato y un conocimiento muy relativo de la persona, cómo este gran profesor dentro del aula, fuera de ella y en situaciones menos académicas, de *otium*, participaba con total naturalidad con su esposa, en un reparto de papeles tan perfecto en esa relación humana con los allí presentes que ya no se podía hablar sólo de López Eire, sino del matrimonio de López Eire y Maíta. Desde esos tiempos de alumno siempre he considerado difícil distinguir en este nivel humano de relación dónde acababa López Eire y dónde comenzaba Maíta y pocas veces me he encontrado ante una conjunción tan perfecta. Por eso nunca ha sido más fácil para mí una conversación a tres como cuando me reunía con ellos, con ese perfecto reparto de papeles entre ambos, sin que ninguno monopolizara la conversación y todos cupiéramos en ella.

Esos años de Barcelona fueron para él de intensa actividad, como los anteriores y los posteriores, durante toda su vida. Trabajó sobre la comedia y preparaba la magnífica traducción con comentario y utilísima introducción de *Las Asambleístas*, de Aristófanes; compuso no recuerdo si todo o gran parte de su libro *Orígenes de la Poética* y redactó trabajos sobre la oratoria y, especialmente, sobre Demóstenes, de cuyos discursos publicó una magnífica traducción con

posterioridad. Y eso sin dejar de lado el campo de la dialectología, la fonética y la morfología griegas.

Ya desde la aparición de su *Orígenes de la Poética* quedaba de manifiesto su interés por sobrepasar las tradicionales barreras en el estudio de temas de la Filología Clásica para ponerlos en conexión con los planteamientos más actuales, en este caso de la Poética, de la Retórica y de la Teoría de la Literatura y de la Comunicación. Como gran lector que era, gracias a su gran capacidad de trabajo e inteligencia, a su gran conocimiento de la lengua griega, pero también de lenguas modernas (hablaba perfectamente francés, inglés, alemán, italiano y portugués, y recientemente se interesaba por el ruso), era capaz de reunir y organizar una documentación ingente para dar esos saltos en el tiempo y poner en relación los distintos planteamientos.

Ya de regreso a su Salamanca en septiembre de 1975 continúa con su intensa labor. Son muchos los campos de los que se ocupa. En alguna ocasión me comentaba qué trabajos redactaba en su casa y cuáles en su despacho de la Universidad. Era sorprendente comprobar su capacidad de trabajo. Entraba yo a su despacho y encontraba la mesa llena de libros abiertos por todas partes y unos encima de otros, a veces una montaña de libros. Pero es que volvía al día siguiente y podía ver otros libros y, si eran los mismos, con una colocación distinta. Su capacidad de lectura era inmensa. En una ocasión, el pasado agosto, a la orilla del mar, reunidas las dos familias en Torrevieja, López Eire, Maíta, su hijo, su nuera y su nieto, mi esposa, M^aAngeles, y yo, cenábamos, él y yo un buen plato de arroz (le encantaba el arroz; cuando comíamos juntos, pedía arroz y yo era siempre su compañero de menú; y daba lo mismo que fuera comida o cena; a las 10 o las 11 de la noche podíamos estar disfrutando de un excelente plato de arroz alicantino en cualquiera de sus modalidades), pues bien, en esa ocasión comentaba que una de las cosas que más le gustaba en el mundo era leer, y Maíta añadió que a él no le importaba llegar muy temprano a las estaciones o aeropuertos, porque así tenía más tiempo para leer. Por esa razón la cantidad de citas que presenta en sus trabajos para apoyar sus ideas es inmensa, con una bibliografía muy variada, tanto de Filología Clásica como de Filosofía, Pragmática, Retórica, Lingüística, Teoría Literaria...

En lo que se refiere a su labor como traductor de los clásicos nos ha dejado el profesor López Eire tres tomos de los *Discursos políticos* de Demóstenes, las *Asambleístas* y la *Lisístrata* de Aristófanes, la *Iliada* y la revisión de la antigua traducción de Segalá de la *Odisea* de Homero, la *Poética* de Aristóteles y el tratado de farmacopea *De materia medica* de Dioscórides, en colaboración con Francisco Cortés. La lectura de estas traducciones permite ver al estudioso de la lengua, que es capaz de transmitirnos la grandeza del texto griego original, sin falsearlo en beneficio de un español de lectura ágil. Sus libros son de

lectura fácil y amena, ya que el profesor López Eire resolvía siempre con éxito las durezas que toda traducción plantea en la lengua a la que se vierte un texto; pero también son libros que proporcionan mucha información al lector, tanto por sus extensas introducciones como por las notas a las traducciones. No funciona aquí el adagio *omnis traductor traditor*. Las traducciones que suenan bien en una lengua no siempre permiten al estudiante de la lengua original de esos textos, el griego en este caso, ver la construcción en esa lengua y resolver los problemas de comprensión que ciertos pasajes puedan plantear, por ejemplo, ya que son traducciones más o menos libres, poco apegadas al original. Por el contrario, las traducciones del profesor López Eire, además de reflejar la calidad propia del texto original, están lo suficientemente apegadas al griego que constituyen para los estudiantes un importante instrumento didáctico cuando se utilizan, entre otros fines, para aclarar cualquier problema de interpretación: una construcción difícil, una matización léxica, una implicatura, un doble sentido. Todas estas cuestiones quedaban aclaradas en las versiones que nos ha dejado el profesor López Eire.

Su labor de investigación ha sido muy amplia y variada, de manera que son muy numerosas las líneas en las que se pueden agrupar sus trabajos.

Por un lado tenemos los libros en los que se ocupa de cuestiones de dialectología del griego y de historia de la lengua griega. Y aquí hay que mencionar sus trabajos, *Tres cuestiones de dialectología griega*, *Innovaciones del jónico-ático (Vocalismo)* y el más extenso de *Estudios de lingüística, dialectología e historia de la lengua griega*, de 1986, donde recoge muchos trabajos suyos publicados hasta esa fecha. Pero la lista no es pequeña. Tenemos su *Atico, koiné y aticismo: Estudios sobre Aristófanes y Libanio*, publicado en 1991, y *La lengua coloquial de la comedia aristofánica*, de 1996, con reedición en 1999, ambos publicados por la Universidad de Murcia, donde analiza un gran número de procedimientos de lengua en función de los distintos niveles de lengua, situaciones, contextos, interacción verbal y, en suma, aspectos que atañen a la teoría de la comunicación. Hay que mencionar también el libro publicado por la Universidad de Salamanca en 2004, del que fue co-editor, *Registros lingüísticos en las lenguas clásicas*.

Otro gran apartado lo forman los libros en los que se ocupa de la poética y la retórica. El primero es su *Orígenes de la Poética*, publicado por la Universidad de Salamanca en 1980 y reeditado en 1997. Le siguen *Esencia y objeto de la retórica*, México 1996 (UNAM); otro dedicado al rétor Libanio, *Semblanza de Libanio*, también publicado en México en 1996 y reeditado en 2000; *Retórica clásica y teoría literaria moderna*, Madrid 1997, reeditado en 2002 y 2003; *Los orígenes de la Oratoria y la Historiografía en la Grecia Clásica*, Amsterdam 1998, en colaboración con Carlos Schrader; *Poéticas y Retóricas Griegas*, Madrid 2002. Pero con ser ya una lista importante, no acaba aquí. Hay que mencionar

otros libros sobre retórica y teoría de la comunicación, en los que trazaba magistralmente los puentes entre los recursos retóricos y de la comunicación en general con el mundo clásico. Así podemos mencionar *La Retórica y la publicidad*, Madrid 1998; *Los fundamentos de la retórica*, Bahía Blanca, Argentina 1999; *Retórica y Comunicación política*, Madrid 2000; *Retórica y Lenguaje*, México 2002 (UNAM); *El Abismo del Lenguaje*, México 2003 (UNAM); *La naturaleza retórica del lenguaje*, número monográfico de *Logo* de 2005, revista de la asociación del mismo nombre, *Logo. Asociación española de estudios sobre lengua, pensamiento y cultura clásica*, que fundó y dirigió. ¡Y cuántas páginas deben haber quedado inconclusas o a falta de retoques!

Pero podemos citar más libros de temática diferente. Así, *Arte y cultura en la antigua Grecia*, Madrid 1981; una *Antología griega C.O.U.*, Salamanca 1985; *Diógenes Laercio. Los filósofos estoicos*, Barcelona 1990.

Y si esta lista es abrumadora, mucho más lo es la de artículos y capítulos de libros. ¡Cientos! Se ocupa del micénico, del jónico-ático y otros dialectos, de la génesis de la *koiné* y el problema de los niveles de lengua en el ático de los siglos V y IV a.J.C.; los trabajos sobre la génesis de la *koiné* y el ático forman un conjunto importante en número y en planteamientos de nuevas perspectivas para el estudio de la evolución de la prosa griega; ha publicado importantes trabajos sobre la lengua de Estesícoro, Heródoto, Tucídides, el *corpus Hippocraticum*, Aristófanes, Andócides, Hiperides, Menandro, Libanio... Como es de suponer a partir de los libros que hemos mencionado, tiene también un conjunto considerable de trabajos sobre retórica, poética, teoría de la comunicación, recursos retóricos de la lengua de la publicidad, temas aparentemente alejados del tradicional mundo de las Clásicas (menciono a modo de ejemplo dos trabajos en este sentido: “Esencia retórica del lenguaje publicitario” y “Retórica y Publicidad en la Era de la Globalización”). En los últimos tiempos se ocupaba de la *lexis* de la tragedia, sobre lo que tenía varios trabajos acabados y otros en preparación. También tenía en preparación otro sobre mitología. El tema de la naturaleza retórica del lenguaje le apasionaba y tiene varias publicaciones sobre el tema; valga como referencia el reciente “Rhetoric and Language”, publicado en 2007 como parte del importante libro editado por Ian Worthington, *A Companion to Greek Rhetoric*. Trabajos publicados, obviamente en español, pero otros, no pocos, en francés, inglés, alemán, italiano.

Como persona muy inteligente que era, tenía una visión amplia del mundo, de manera que una conversación con él era siempre enriquecedora. Nunca defraudaba, ya fuera un consejo o un debate sobre un tema. Fácilmente llegaba a ser el centro de la reunión, sin pretenderlo. Excelente conversador, era todo un lujo tenerlo como conferenciante. Con un estilo directo y con argumentaciones claras era capaz de enganchar al auditorio. Y lo mismo cabe decir de sus clases.

Pero no sería justo si sólo me circunscribo en esta semblanza a hablar del profesor López Eire como investigador o me limito a tratar los aspectos profesionales. Si es mucho y bueno lo que he dicho, y aún se podría continuar diciendo, no menos importante es su faceta humana. Releyendo, como siempre él lo hacía, a Tucídides, autor del que recuerdo sus clases, a pesar de los años que han transcurrido, encuentro una idea que el historiador pone en boca de Pericles, en II 40, 4, en el epitafio que hace en elogio de los caídos en el primer año de guerra, refiriéndose a la idiosincrasia ateniense: “También en lo que respecta a la nobleza de conducta somos distintos de la mayoría; pues no cuando recibimos beneficios, sino cuando los hacemos conseguimos amigos”. Era una persona generosa. Si podía hacer un favor, lo hacía, aunque quizá pudiera pensar en ocasiones que no fuera tan merecido tal favor. Como persona inteligente, además de buena y generosa, estaba por encima de ese nivel de pequeñeces humanas. Le interesaba su familia, sus amigos y su trabajo, pero no era excluyente. No sabía decir que no y se aprestaba a la ayuda si se la pedían, ya fuera un alumno, un compañero o un amigo.

Otra faceta personal del profesor López Eire que quiero destacar es que era humilde sin proponérselo. Recuerdo que no pocas veces me hablaba con admiración de los profesores que había tenido en la Facultad y, como era lógico, con especial cariño de su maestro Martín Ruipérez. Y yo, cuando lo escuchaba, siempre he pensado que él no era consciente de que también era un maestro como ellos. No tenía tiempo ni le interesaba recrearse en ese tipo de ideas o autocomplacencias. Sólo pensaba en lo mucho que tenía que leer y lo mucho que tenía que escribir como fruto de las reflexiones tras tanta lectura.

En los frecuentes contactos que manteníamos se apreciaba lo que valoraba la amistad y su familia. Recuerdo que hace años, cuando su hijo era pequeño, una vez me enseñó una foto, dijo que de su hijo. Era de él, pero reconocible sólo por el formato, en blanco y negro. Hasta ese punto se le parecía su hijo. Y se le continúa pareciendo, no en la opción profesional, pero sí en la bonhomía, en la inteligencia, en el amor a la lectura y en la capacidad de trabajo. Y, continuando con Juan, su hijo, recuerdo la ilusión que tenían ambos, él y Maíta, con su boda. A poco más de un mes vista de su celebración, en Torrevieja, nos pasamos prácticamente una tarde, junto al mar, hablando del acontecimiento. Era maravilloso ver cómo compartían esa satisfacción y la transmitían. Y lo mismo ocurría el día de la boda, lo pleróticos que estaban. Y ni qué decir cuando nació su nieto. Continuamente me hablaba de él, por e-mail, por teléfono, cuando nos reuníamos. Con la llegada de este nuevo miembro familiar era maravilloso ver cómo ambos, por separado o de manera conjunta, transmitían esa nueva felicidad.

Por ello podemos continuar diciendo, como hacía Pericles en aquellos momentos tristes al ensalzar a esos héroes que habían perecido en defensa de Atenas (II 44, 2): “La pena no se tiene por los bienes de los que alguien se ve privado sin haberlos probado, sino por los que le son arrebatados cuando estaba acostumbrado a ellos”. Hemos quedado huérfanos de un marido, de un padre, de un abuelo, de un excelente amigo, de un hombre bueno, de un trabajador infatigable, de un excelente profesional como pocos, de un maestro.

Por eso, sigo con Pericles (II 43, 3), “De hombres ilustres la tierra entera es su tumba y no sólo una inscripción sobre estelas lo indica en la tierra propia, sino que incluso en la extraña pervive en cada individuo el recuerdo no escrito en su pensamiento más que en algo material”.

Por eso el profesor López Eire, nuestro querido maestro y amigo, está ahora con nosotros y lo estará siempre.